

El hombre que veía con las orejas

GREGORIO MORÁN

LA VANGUARDIA, 24.03.07

La gente ha de ser idiota y eso quizá les salve de la depresión, el cansancio, las drogas, la humillación y esa sensación de ardor en el estómago que provocan las situaciones indigeribles. No se crean una puta palabra de aquellos felices columnistas que jalean su oposición a la guerra de Iraq. Están tan acostumbrados a engañarse y a considerarse la sal de la tierra que hasta se olvidan de lo que escribieron entonces. Como pensar, lo que se dice pensar, no pensaron nunca, se creen sus propias mentiras. Cuando Estados Unidos invadió Iraq y el señor presidente Aznar apoyó con armas y bagajes, la mayoría de los columnistas de opinión apoyó la invasión, salvo pegos de menor cuantía. Si alguien se molesta o se da por aludido le animo a reproducir sus artículos íntegros, digo íntegros, y no el parrafito aquel dejado caer, por si acaso. Somos veteranos, tenemos el culo pelado de las patadas recibidas y olemos a rancio, pero a ciertas edades comulgar con ruedas de molino es un esfuerzo que nos viene demasiado grande.

Se acaban de cumplir cuatro años de una de las aventuras más alucinantes e inimaginables de la humanidad. La historia del bombero pirómano aplicada sobre el principal polvorín de la tierra. Los dos estados más poderosos y mejor informados del planeta invaden un país musulmán por motivos de rapiña y de paso cambiar la estructura geopolítica de la zona. Todas las razones que dan son falsas y nadie mejor que ellos para saberlo puesto que se las han inventado. Hace cuatro años, cuando se invade Iraq en un paseo implacable de la mejor tecnología bélica occidental aplicada sobre una dictadura exhausta, recuerdo muy bien las emociones. ¿Cuánto tardó nuestro principal idiota civilizador en decir que la guerra había terminado? ¿Una semana?

Qué siniestra diversión sería hacer un folleto antológico de las genialidades periodísticas de entonces, cuando sonaban los claros clarines sin Rubén y sin Darío. Gobernaba José María Aznar, ¿no se acuerdan? Y la cola de intelectuales para colaborar con la FAES daba la vuelta a la manzana. ¿Y los chicos del PSOE?

¿Qué hacían los chicos del PSOE? Estaban fuera de órbita y su ciclo, como mínimo, no tenía visos de recuperarse en un lustro.

(Ahora aparecen tal cantidad de pitonisos y pitonisas, como diría el inefable Ibarretxe, que pronosticaron la victoria de Zapatero que uno se asombra de la desvergüenza humana. Me consta que algún jefe de campaña del PP llamó a directores de diarios para que atenuara los resultados de las encuestas porque podría ser perjudicial para la cantera derechista. Ganaban sin bajarse del autobús. ¿Por qué iban a perder?)

Pero nadie había calculado el efecto letal del hombre que veía con las orejas. En una de las decisiones más alucinantes de la política exterior española desde que el general mallorquín Weyler propuso tomar Nueva York a la bayoneta calada, España da un giro de ciento ochenta grados a sus modestos compromisos geopolíticos y se lanza al vacío. Sin barcos, ni tercios, pero imperiales. Socio de honor del idiota más notorio, después del de Dostoievski, y del subastador de títulos nobiliarios - el pago en títulos nobiliarios a los contribuyentes del partido laborista es el retrato de una época, de un partido y de una especie- provoca una reacción que por más aberrante que nos parezca desde el punto de vista de las víctimas, que somos todos, tiene una lógica aplastante. El señor Aznar, presidente del Gobierno, declaró la guerra a un país que a duras penas sabía donde estaba, colaboró y aplaudió su invasión, su arrasamiento. Hasta entonces parecía Midas, lo que tocaba lo hacía oro, hasta incluso a sí mismo; había saltado de Ramiro de Maeztu a Steiner, y se soltaba el pelo hablando catalán en la intimidad y citando a Cernuda por la noche. Hubo agrias disputas en Catalunya por compartir mesa con Aznar; se quería superar el *numerus clausus* ¿Les cuento con quién recitaba poesías a media voz? Qué risa me entra al evocarlo.

Si uno reconstruye la preparación y ejecución de la venganza islámica sobre España no sabe si asombrarse más de la incompetencia de unos servicios de espionaje e información como los españoles o el desparpajo con el que fueron preparando los atentados del 11 de marzo. Hay que decirlo todo. La cadena de mandos del Partido Popular reveló su ineptitud absoluta y si ese caballere con

aspecto de cura tocaniños, Ángel Acebes, tuviera una pizca de dignidad y colocara el cilicio en el cerebro para que se le activara, empezaría siempre sus intervenciones con una petición de disculpa a la ciudadanía. O sea que declaran la guerra a Iraq y siguen como si no pasara nada. Siento un desprecio absoluto por Zapatero y su *troupe*, pero no es nada comparado con la repugnancia que me produce la dirección del Partido Popular; no sólo por su cinismo, que va en el oficio, sino por su incompetencia sumada a su irresponsabilidad. Declaran una guerra y se van a jugar con las encuestas electorales. Y como siempre cayeron los más inocentes.

Confidentes de los andurriales más cutres de la droga sirvieron como palanganeros del mayor atentado terrorista que conoció la historia de España. ¡Vaya homenaje a los yonkis asturianos! Es lógica la teoría de la conspiración, porque es la única posibilidad que tiene el señor Aznar, el señor Acebes y señor Rajoy, de no ser barridos por la historia. Las teorías conspiratorias nacen siempre del poder corrupto e incompetente. Fíjense en algunos detalles. En el meollo de los instructores de la teoría de la conspiración figura un periodista que tiene por nombre Joaquín Bardavío. Ya está muy mayor y muy cascado, pero más de uno se acordará de él porque escribió unos libritos muy divertidos sobre la transición. Trabajó en los Servicios de Información del coronel San Martín que tan torpes se mostraron en todas y cada una de las ocasiones estelares que hubieron de afrontar, entre otras el atentado de Carrero Blanco. Los más viejos del lugar recordamos las teorías conspirativas elaboradas por las mentes privilegiadas de entonces, los Joaquín Bardavío de Presidencia del Gobierno con Carrero muerto y Arias Navarro vivo. Todo menos reconocer, que la inmensa mole de cartón piedra del franquismo tenía una policía política incompetente y desnortada, y unos analistas lelos. El almirante Carrero Blanco ascendió a los cielos antes de tiempo porque un puñado de terroristas vascos tuvieron suerte en el aprovechamiento de la impericia del enemigo, y lo que tenía el noventa por ciento de posibilidades de fracasar, triunfó. Pero eso los tipos como Aznar, Acebes, Rajoy o Bardavío, no pueden admitirlo, porque entonces deberían cesar, dimitir o avergonzarse, pero de seguro que siguen durmiendo bien.

Las teorías conspirativas nacen para cubrir las vergüenzas de los estados, y quienes las jalean y las defienden se olvidan que algún día alguien, como hago yo ahora con Joaquín Bardavío, miembro de los servicios llamados de *documentación* del franquismo en sus épocas más siniestras, y colaborador voluntario de la actual teoría de la conspiración, les sacarán las vergüenzas y les preguntarán para quién trabajan, porque me consta que buena parte de ellos creen en la conspiración tan poco como yo.

¿Si no existiera la teoría de la conspiración qué futuro tendría el hombre que veía con las orejas? Asumir el triple fracaso. Como estadista promovió una alianza que se ha convertido en el mayor problema humano y político del mundo: cómo terminar la sangría iraquí que ellos provocaron. Segundo, reconocer que fue esa guerra injustificada y sin sentido la razón única que provocó el atentado más sangriento de nuestra historia. Y tercero, que sólo su ineptitud como encargado de la seguridad del Estado hizo posible esa matanza. No es la crispación lo que define la política del PP, es la ansiedad. Tenían la continuidad del poder garantizada y se niegan a creer que unos moros impresentables que ni siquiera hablan árabe, sino bereber o dialectos, hayan sido capaces de infringirles una derrota en aquello que más les duele. El usufructo del poder y su desalojo del Estado. La sociedad española, literalmente conmocionada y perpleja, se volcó en apenas dos días quitándoles el derecho a gobernar. Y era verdad. Ni Acebes, ni Rajoy, ni Zaplana podía gobernar en su condición de depositarios del legado mortuorio del hombre que veía con las orejas. Se equivocan los del unguento sosegante. La crispación y las boberías sobre las dos Españas y las candilejas sobre una tercera, que por cierto nunca existió, no van a remitir, porque no pueden remitir. Rajoy soporta en el cogote el aliento del hombre que veía con las orejas, y el que cambie el ritmo de la marcha arriesga quedarse en la cuneta. Es la dinámica de las cosas. Cuando uno se ha equivocado y tiene responsabilidades como criminal de guerra, por acción, colaboración y complicidad, no le queda otra opción que gritar y pedir la voluntariosa colaboración de los energúmenos, un gremio ya viejo de la inteligencia patriótica.

Creo que nadie fue tan preciso, lacónico y taxativo como aquel ciudadano no

identificado que una mañana de agosto de 2005 levantó la voz bien timbrada durante el último entierro de los militares españoles muertos en el accidente del Yak-42. Después de escuchar al entonces ministro Bono, al ex ministro Trillo y al perillán Zaplana, todos los presentes oyeron atónitos: "Los dirigentes del Partido Popular deberían contratar a un psicólogo que les explicara la diferencia que hay entre la verdad y la mentira". Han pasado dos años y nadie al parecer le hizo caso a aquel brillante y anónimo analista.